

LA H.^A MARÍA DE LA PAZ

POR

ENRIQUE BARRACHINA GIL, PBRO.

BIBLIOTECA EDIFICACION ESPIRITUAL

I

LA HERMANA MARÍA DE LA PAZ



La Hermana María de la Paz
con velo de Novicia.

LA H.^A MARÍA DE LA PAZ

POR

ENRIQUE BARRACHINA GIL, PBRO.

BIBLIOTECA EDIFICACION ESPIRITUAL

I

Con licencia eclesiástica

ES PROPIEDAD

INTRODUCCION

Entre las almas que habrán consolado al Corazón de Jesucristo durante estos últimos tiempos, podemos contar a una monjita del Carmelo Descalzo de Manises, la cual, a pesar de haber hecho profesión de vida oculta tras las celosías de un convento de rigurosa clausura, lanzada a la corriente del mundo por el torbellino de una revolución demoledora y sangrienta, perfumó el ambiente familiar y a su propio pueblo con la fragancia de sus virtudes religiosas, y después de muerta vive con fama de santa en el recuerdo de cuantos la conocieron.

El hecho de opinión sobre su vida entre sus coterráneos y cohermanas en reli-

gión nos obliga a recoger sus datos biográficos y a esforzarnos por reconstruir, con la pluma, aquella figura que, piadosamente podemos pensar, se habrá sentado en la Gloria junto a Santa Teresita del Niño Jesús y Santa Teresa Margari-ta, Carmelitas Descalzas recientemente canonizadas.

Ella puede servir de consuelo a los que lloramos los males de nuestra época, fría, superficial y excesivamente sensual, en la que parece haber corrompido la carne todos los caminos y el dios vientre es entronizado por la mayoría.

Con su virtud, nada común, atrajo hacia la Iglesia a los suyos que vivían alejados de Dios, que hizo que, por ser tan humilde, fuera ensalzada en la tierra aun por los mismos que, cegados por el vértigo de la persecución a lo más santo, convirtieron los templos en almacenes y establos, y trataron de exterminar a cuantas personas hubieran hecho profesión de consagrarse por entero al servicio divino.

Las apoteósicas circunstancias con que

se procedió a su enterramiento son como un milagro, y parecen dar a entender que son como el refrendo de Dios para manifestar que le habían sido gratas sus obras.

¡ Ojalá todos la imitéramos a practicar calladamente el sacrificio en aras de nuestros deberes aun entre las dificultades que al paso encontramos en la vida ! Porque tengo para mí que hoy en día nada hay más necesario en el mundo que formar la conciencia en orden al cumplimiento del deber y educar robustamente la voluntad para no defraudar, a pesar de los pesares, a Dios Nuestro Señor en nuestros compromisos.

La sociedad actual es voluble y tornadiza, y nada mejor podemos hacer para curar esta funestísima condición que realzar y propagar entre ella el ejemplo de los que, una vez emprendido el camino del deber, jamás volvieron la vista atrás ni se dejaron alucinar en su carrera por mentirosas ilusiones, y que, comprensivos, con criterio certeramente cristiano,

VIII

solamente dejaron a Dios por Dios, y no por otra cosa.

Sirva mi trabajo de testimonio de admiración a la Orden del Carmen Descalzo, que sabe criar hijas tan viriles en la virtud como nuestra biografiada y ganar almas sin cuento aun desde el misterioso retiro de la clausura. A la vez de exhortación, a cuantos lo lean, a la vida santamente austera y austeramente santa, ciertamente compatible con cualquier profesión y estado.

La tribulación es fuego purificador que acerca las almas a Dios, y en la escuela del dolor, a los que por la misericordia del Señor tenemos fe, una cosa se nos enseña y nos convence : Que vale la pena sujetarse a todos los sacrificios por amor de Jesucristo.

En la tribulación queda aniquilada la personalidad de los que la huyen, y en cambio se agiganta y robustece la de aquellos que la buscan con afán, y, hallada, la aman y crucifican en ella sus pasiones para hacer triunfar el espíritu.

El alma atribulada, si vive unida a Jesús, lejos de ser agitada por los vientos de la pusilanimidad, se sobrepone a las flaquezas humanas y vivirá una vida de sano optimismo afianzada en el poder de Dios.

Por eso los Santos, que son los que han poseído el sentido más cabal de la vida, se abrazaron gozosos a la cruz de la tribulación y en ella cifraron sus victorias.

No es mi ánimo llevar a los lectores a buscar afanosos la tribulación, pero sí a aprovecharse de ella, sin despreciarla, cuando no se pueda evitar.

¡Qué menos podemos proponernos, los que admiramos el ejemplo heroico de la Hermana María de la Paz, que dar en adelante de manos a lo superfluo, poner la virtud en su medio, ser firmes en nuestras convicciones, en nuestro ajetrear ordinario, y ofrecer generosos a Dios los numerosos sacrificios que nos impone la vida dándoles un valor expiatorio !

I

NACIMIENTO, INFANCIA Y JUVENTUD

En Benaguacil, villa de unos 6.300 habitantes, de la provincia de Valencia, el 20 de febrero de 1901 nació una niña, a quien por nombre se le puso en el Bautismo Levina, por imposición de D. Vicente Cinteros Zorrilla, a la sazón Coadjutor de aquella parroquia, quien pudo convencer a D. José María Garrido Cervera, padre de la recién nacida, de la malsonancia castellana del nombre que había elegido para su hija. Este era el de Milca, y podía convertirse en «mica».

Su bautizo se celebró sin ningún aparato, en día de lluvia, y sus padrinos fueron un tío suyo, llamado Venancio, y una muchacha de servicio de casa, llamada Pascuala. Fué llevada al templo por otra muchacha de servicio, llamada Paula.

Sábese que su madre, D.^a Vicenta Durá Domínguez, que en otras ocasiones había sufrido mucho, no sintió ninguna molestia en su embarazo, y por ello, creyendo estaría muerta la criaturita, consultó al médico, el cual la

tranquilizó diciéndole que sería una criatura muy pacífica.

Su madre, antes de nacer la niña, ya presintió lo santa que sería ésta.

El médico fué profeta sin haberlo pretendido, porque jamás dió Levina señales de impaciencia ni se le oyó llorar, ni al nacer, ni al destete, ni durante su primera infancia. Hasta los dolores de la dentición los sufrió sin llorar, y, a lo sumo, sólo exclamaba: «¡Ay, mare!»

La primera Comuni6n la hizo vestida a la usanza de las niñas más pobres de la tierra, y, sin embargo, ni exigió más lujo ni se quejó por 6sto.

Siendo niña recibió el Sacramento de la Confirmaci6n.

Desde muy pequeña era la preferida de su buena madre, que al marchar de compras a Valencia se la llevaba consigo, y muchas veces la dejaba sola en un sitio con las cosas que compraba y ella permanecía horas y horas esperando que regresara, sin protestar.

Parece que su madre mandó raparle el pelo, y, aunque sin protestar, se le notaba a Levina que no andaba del todo satisfecha sin cabellera. Una de sus hermanas, de genio bastante vivaracho, ideó la manera de ocultar el defecto componiendo una peluca, larga hasta el cuello, que Levina, sin ninguna aprensi6n, se ponía sobre su cabeza, y con ella bailó cier-

to día el baile de las «Pastorcitas» en presencia del señor Alcalde y otras siete personas que estaban con él. Después, con gracia infantil, pasó la bandeja y recogió algún dinerillo.

Cuando tenía próximamente ocho años desapareció en la clase que frecuentaba Levina la pizarra de una niña. Y buscándola por todas partes fué hallada, por fin, en el pupitre de Levina, siendo, por este motivo, acusada a la maestra como autora del hurto. Ella, no obstante la fealdad de la falta de que era acusada y tener plena conciencia de que no la había cometido, no profirió ni una palabra de disculpa y se encerró en el más riguroso mutismo. A la hora de la salida de clase se supo que era otra niña la que había hecho desaparecer la pizarra ocultándola en el pupitre de Levina, y todas, maestra y niñas, quedaron muy edificadas de la conducta, en extremo difícil, observada por ésta.

Jamás se quejó de ningún elemento mortificativo, ni aun de los mosquitos en la temporada de baños en el mar, y a la primera indicación de su madre para salir del agua obedecía sin demora, contrastando este proceder con el de sus hermanas, que se resistían siempre a dejar el baño. En el baño, ni andando entre la gente, nunca dió la menor señal de inmodestia ni falta de recato.

Ya desde niña acostumbraba rezar todos los días el Santo Rosario y gozaba mucho de ha-

cer altarcitos y encender luces, sobre todo durante el mes de mayo, a la Santísima Virgen. Era piadosa a contento, celaba por el bien de las almas y por Él se abnegaba y se abrazaba con la mortificación, como lo prueba, entre otros, el hecho de recoger repetidas veces, en sus excursiones campestres, flores para el Sagrario y de rasgar los papeles impresos que encontraba al paso cuya lectura podía ser dañosa a las almas, y de hacer largas caminatas a pie por complacer a sus hermanos.

Hay costumbre antigua en los pueblos de la provincia de Valencia, comprendidos entre el Palancia y el Turia, de visitar de vez en cuando, preferentemente durante el otoño, el Santuario de Nuestra Señora de la Cueva Santa, situado en una cumbre del término de Altura, desde donde se domina toda la rica vega de Segorbe, la alta sierra de Espadán y hasta el término de Sagunto y el mar. Actualmente tiene cómodo acceso por carretera por el ramal que une Altura con Alcublas, en cuyo punto medio se alza la Hospedería, que, aunque de vieja planta, ha quedado modernizada gracias a la reforma llevada a cabo por la Comunidad de PP. Carmelitas Calzados, que desde hace unos años cuidan del culto y de la administración de sus bienes. El Santuario lo forma una gran cueva, a la que se baja por amplia escalera, que comienza junto a la puerta de entrada situada de cara al Oriente.

La peña que, cual fina concha, contiene en su gran oquedad una imagen de mucha veneración de la Santísima Virgen, es la que sirve de base a dicha Hospedería.

La traza de templo al exterior la da un modesto campanil y la cúpula, que sirve de cubierta a la capilla de la Comunión, situada al lado izquierdo de la escalera.

Han sido muchos los visitantes de este santuario, y a él acudió también, siendo niña, Levina. Como era tan grande el deseo de visitar a la Santísima Virgen, gozosa consiguió el ser contada en una excursión familiar a dicho punto; pero como entonces no existían los medios de locomoción de estos nuestros tiempos, hubo de hacerla en un jumento, y por añadidura por camino escabroso y accidentado por entre montañas, a falta de la actual carretera, que es relativamente de reciente construcción. Al llegar, en ruta, a un trozo de camino al borde de un precipicio, temió caer, y se resistía a seguir montada en el asnillo en que iba. A instancias del arriero prosiguió como iba, pero el animalito tropezó y cayó; mas ella, gracias a que el hombre que la acompañaba se dió cuenta a tiempo y la sostuvo en sus brazos, se libró de la caída, que la hubiera puesto en el posible trance de morir de accidente.

Los que recordamos la aparición del cometa Halley sabemos cuánto era el miedo de que

estaban poseídos los niños de entonces y cuán aterrorizados mentaban en sus infantiles conversaciones los fatídicos efectos que suponían habían de suceder.

No fué Levina ajena a estas impresiones, y al oír de su hermana Ilonda que la estrella anunciaba guerra o peste y que habían de morir por eso muchos, ella pensó subir todas las tardes a confesarse a la ermita de Nuestra Señora de Montiel, y dijo cierto día a dicha hermana a la vez que subían las dos al Santuario: «Ahora cuando me confiese ya me puedo morir y me iré al cielo».

A los doce años de edad sufrió unas calenturas de las que salió convertida en un esqueleto viviente. Llevó la enfermedad con edificante paciencia, y después de haber leído en su convalecencia la «Historia de un alma», de Santa Teresita del Niño Jesús, haciendo el elogio de la lectura a la muchacha de servicio de casa, le dijo: «Consuelo, yo he de ser Santa como Santa Teresita».

Contaba 15 ó 16 años cuando con ocasión de hallarse en Valencia con su hermana en plan de compras, sintieron las dos necesidad de tomar, al menos, un bocadillo para sostener sus cuerpos debilitados por el cansancio que les produjo el ir y venir por tiendas y calles.

Frente a la Chocolatería de Santa Cata-

lina le dice la hermana : «Entremos aquí en Santa Catalina y tomaremos algo».

Entraron, se sentaron y comenzaron a dialogar acerca de lo que habían de tomar.

Su hermana se empeñaba en que Levina manifestara su preferencia sobre algo.

Pero en vano, porque Levina siempre contestaba : «Lo que tú quieras».

La otra dejóse llevar del genio y, destemplada, le dijo delante de la camarera que les servía : «Pero ¡ ¡ dilo, lela, simple ! ! ».

La camarera añadió : «¿ Qué está lela ?

Levina levantó dulcemente sus grandes ojos mirando a la camarera.

La hermana replicó : «¡ Sí, señora, está lela y simple ! ».

A todo cerró sus labios Levina para hablar y sólo los abrió para sonreír.

Todavía joven, ingresó en la Tercera Orden del Carmen, y antes de ingresar en el Carmelo Descalzo, dió muestras de su gran caridad impregnada de exquisita delicadeza al tener que cuidar, en turno con sus hermanas, por espacio de dos años, a su abuelita que yacía tullida en cama. Era la preferida de la venerable ancianita porque sabía alegrarle aquellas horas, tristes por ser las de su ocaso, con relatos agradables de noticias que recogía de entre familiares y amistades, y porque la distraía hablándole de Jesús y de la Santísima Virgen.

Con sus padres fué cariñosa y servicial y con todos se mostró agradable y deferente sin buscar para nada sus propios intereses y la satisfacción de su egoísmo, no obstante ser de natural soberbio y dominante.

II

LA ESTRELLA DE LA VOCACIÓN

Estaba Levina en edad de encauzar la corriente de sus ansias de bien por caminos de perfección. La gracia, que, como la naturaleza, no procede por saltos, sino que transforma y perfecciona las almas gradualmente, preparaba, con su poderosa influencia, su alma joven, pero dócil y sumisa por criterio más que por temperamento, a las grandes realizaciones de una vida para ella desconocida y que había de abrazar decididamente guiada por la misteriosa estrella de su vocación.

¿Cuál sería ésta? Lo ignoraba. Ocupada en las labores de casa, propias de la mujer, vivía sin grandes preocupaciones acerca de su porvenir. Ella seguía siendo piadosa, eso sí; frecuentaba los sacramentos, e incluso había elegido confesor fijo mucho antes de ser religiosa. Este fué el Rdo. D. Cipriano Beser, Cura Párroco de Benaguacil, bajo cuya dirección comenzó a llevar una vida ordenada.

Fallecido su primer Director Espiritual, el año 1923 eligió por confesor al Rdo. Sr. don

Salvador Cotanda, actual Cura de Godella, que la dirigió hasta su ingreso en Religión.

Gracias a este último tenemos datos curiosos y muy hermosos del tiempo inmediatamente precedente a su ingreso en Religión y del tiempo en que estuvo viviendo exclaustrada con motivo de los vergonzosos incendios de conventos, el año 1931.

Nos dice el Rdo. Sr. Cotanda que Levina confesaba regularmente cada ocho días antes de ser religiosa.

En docilidad era un dechado. No se le notó la más ligera resistencia. Se dejaba gobernar como una niña. En expresión de dicho señor era una difunta que hablaba, rendidísima en todo. Se sometía humildemente a la menor indicación del confesor, a quien miraba como el representante de Jesucristo y como a tal veneraba.

Alguna vez llegó a decir: «La voluntad de mi Director Espiritual la miro como la voluntad de Dios».

Pasaba largos ratos al pie del Sagrario, pero sin abandonar sus obligaciones caseras.

No dejó jamás de hacer la oración desde que ésta entró en sus propósitos, ni el día en que una de sus hermanas estaba grave y fué sacramentada. Si por el excesivo trabajo de casa no podía hacerla durante el día, entonces la hacía a las doce de la noche.

Al mismo Rdo. Sr. Cotanda le dijo tex-

tualmente: «Puedo asegurarle, Padre, que durante más de diez años no he dejado la oración».

El Rdo. Sr. Cotanda, seguro de los grandes deseos de perfección de su joven dirigida y de que todas las pruebas que habían para apreciar una vocación se reunían en ella de manera admirable, habiendo advertido que Levina hablaba siempre de las religiosas con cariño, trató de orientarla hacia la vida de claustro.

Al efecto le dijo cierto día: «¿Por qué no quieres ser monjita?».

Ella respondió: «¿Y usted cree que yo tengo vocación, que soy llamada para ello?».

Replicó el Director que sí, que había dado pruebas de una verdadera vocación.

Con ésto ya se creyó inclinada al estado religioso, y jamás dudó de su vocación.

Con tanta generosidad trató de seguir su vocación, que a su hermana Ilonda, ya religiosa Canonessa de San Agustín, en el convento de San Cristóbal, de Valencia, hablando sobre el particular, le dijo categóricamente: «El Señor sabe que quiero ser religiosa». Y tanta seguridad tenía en que, con la gracia de Dios, podría realizar lo que ya constituía en ella su único ideal, que añadió en la misma circunstancia: «Yo estoy en manos de Dios, y esto me basta.»

Su buena disposición para abrazar el esta-

do religioso dió alas a su Director para buscarle Comunidad en que fuera admitida.

En principio pensó que ingresara en el Real Monasterio de las Salesas de San Miguel de Liria, cuyas religiosas la admitían, prendadas de sus buenas cualidades, aun sin dote.

Pero al recibir Levina el consejo del Director sobre su ingreso en dicho monasterio, contestó ella que, «dispuesta, desde luego, a obedecer, se creía en el caso de exponer lo que sentía». Seguidamente dijo que no le parecía vida suficientemente austera para ella.

Dejó aquí tal intento y trató que ingresara en el convento de San Cristóbal, de Valencia; pero no les pareció bien recibirla a las monjitas por tener allí ya otra hermana.

Por aquellos días, después de haber recibido la negativa de la Superiora de las Canonas de San Agustín, de Valencia, consultó el caso de Levina y a la vez el de su hermana Obdulia, menor que ella en edad, con don Bernardo Ascensi, que se hallaba dando unos ejercicios-misión en Puebla de Vallbona.

—«¿Son personas de espíritu?»—preguntó D. Bernardo.

Respondió el Rdo. Sr. Cotanda que sí.

—«Pueden, pues—dijo D. Bernardo—, solicitar ingreso en las Carmelitas Descalzas de Lloret de Mar».

Sin pérdida de tiempo escribió a dicho convento y mandó a la Priora una fotografía en

que estaban retratadas las dos en grupo. En ella aparece Levina de pie con su mano derecha sobre el hombro de Obdulia que está sentada.

A la Priora, que estaba inclinada a recibir a una sola, le pareció mejor elegir a Obdulia y desechó a Levina, porque ésta aparecía en la fotografía de aspecto dominante y soberbio.

Insistió el reverendo Sr. Cotanda, aduciendo a favor de Levina sus condiciones de mayor edad que Obdulia y el hecho de su constancia por tanto tiempo en la práctica de la oración, diciendo a la vez a la Priora que le inspiraba más confianza Levina que Obdulia. Parece que, además, envió otra fotografía en que estaba retratada Levina por separado.

Al poco tiempo escribió la Priora, diciendo que admitía a las dos hermanas.

Su vida de seglar fué sencilla, y nunca se salió de los cauces ordinarios. Si alguna vez asistió a las cacerías de costumbre en el pueblo, fué por seguir los gustos de sus padres, en cosa que no era ofensa de Dios, y en estas circunstancias dormía, como sus demás hermanos, en el duro suelo, sobre un montón de tomillos y otras hierbas.

Las salidas en plan de baños al mar y de solaz y veraneo a Montanejos, a Camarena y a Paterna..., eran organizadas por su padres, con el fin de atender mejor a la salud de una hijita enferma, a quien los médicos habían

ordenado esos medios, y para holgar ellos unos días y descansar del trabajo propio de su profesión de comerciantes de tejidos.

Iniciada en la vocación religiosa tomó por costumbre salir los domingos al campo con las niñas del Catecismo, con quienes jugaba y se hacía niña a fin de atraerlas a Jesús.

En 1921 hizo de madrina en la profesión de votos simples de su hermana Ilonda, llamada en religión Sor María Fidela de Jesús Hostia.

Esta nos refiere que su hermana Levina tenía por entonces unos veinte años de edad, y que en la ceremonia vestía traje negro de seda y mantilla de blonda; que comulgaron aquel día sus padres y todos sus hermanos. Acontecimiento éste para ella en extremo consolador y satisfactorio, ya que la primordial indiferencia, por no decir rebeldía, de su padre y su alejamiento de Dios la tenía preocupada, y repetidas veces llegó a manifestar que estaba dispuesta a aceptar todos los sacrificios que Dios quisiera enviarle a base de que se salvaran todos sus familiares. Su padre, gracias a las oraciones y sacrificios de Levina, es hoy un católico ejemplar, y se gloria de haber tenido una hija tan buena.

En una romería al sepulcro de Santa Teresa por tierras de Avila, dejó gratamente impresionadas a cuantas personas compartieron su trato.

La Madre Serafina de la Encarnación, Canonessa de San Agustín, compañera suya de viaje, dice que todos se le aficionaban por su bondad e igualdad de carácter.

III

AURAS DEL CARMELO

Tomó con empeño lo de ser religiosa, y para llegar a serlo tomó profesor de música e hizo en poco tiempo tales progresos en el canto, que el mismo profesor dijo que en dos años la hubiera hecho profesora.

Dispuesto todo para su ingreso en la Comunidad mejicana de Carmelitas Descalzas de Lloret de Mar (Gerona), ingresó como postulante, a los veinticuatro años de edad, el 15 de octubre de 1925, muy pocos meses antes de su traslado a Manises.

Levina encontró en aquella Comunidad el ambiente que necesitaba su alma. Allí todo era abnegación y sacrificio. Vivían las monjitas vida de completo abandono en manos del Amor Misericordioso con santa indiferencia para cumplir en todo momento la voluntad de Dios. A consecuencia de este abandono era grande el desasimiento de las criaturas y el espíritu de pobreza, que se manifestaba constantemente en la satisfacción que sentían aquellas elegidas del Señor cuando les faltaba

hasta lo necesario para el sustento, por considerar tan extrema pobreza como una prueba de amor de su celestial esposo Jesucristo que, siendo rico, quiso hacerse pobre por nosotros sin tener siquiera en donde reclinar la cabeza. Aquel conventito provisional era un trasunto del Portal de Belén con ausencia absoluta de toda comodidad. Sus moradoras no tenían camas, ni mantas, y con alegre resignación padecían las molestias del frío y de la humedad, que era muchísima. Allí se reproducían al vivo las escenas que leemos en las fundaciones primitivas de la reforma del Carmen, en las que cupo a Levina la suerte de representar a la perfección un papel importante como postulante. No es que Levina se acomodó sin dificultad a la austeridad de aquella casa y a los rigores de la Regla del Carmen Descalzo. En los principios de su vida religiosa sintió dificultades enormes, y apenas podía acomodarse a aquel nuevo género de vida. Fué tentada, además, fuertemente contra su vocación, y estuvo a punto de retroceder y volver al siglo. Hasta la Priora y la Maestra de Novicias llegaron a vacilar. Se debe su perseverancia durante el Postulantado, en parte, a sus esfuerzos y a la gran ayuda que le prestaron la Priora y Maestra de Novicias, que conocieron su buena disposición para la santidad, no obstante el juicio falso que antes habían formado de ella alucinadas por las apariencias de una fo-

tografía de seglar. A medida que pasaba el tiempo era más estimada de todas, y hasta se la llegó a tener como el ornato principal de aquella mansión, porque advertían que, siendo aun nueva en la vida religiosa, observaba las Reglas y las Constituciones, a medida que se le abría su sentido, con la exacción y fervor de las más antiguas y esforzadas. Por eso en las votaciones para su ingreso en el Noviciado no hubo dificultad.

Tomó el hábito, con gran contento de su alma, el 28 de agosto de 1926, en la casa de Manises, habilitada provisionalmente hasta tanto se acabara de construir el actual convento, y profesó el 10 de noviembre de 1927 en el convento, a la sazón recién construído.

En Religión dejó de llamarse Levina, y tomó el nombre de María de la Paz de la Sagrada Eucaristía.

Los móviles de su vocación están claramente expresados en estas frases que repetidas veces, seglar y religiosa, pronunció: «Mi única ilusión, al entrar en el convento, es unirme a Dios para que se cumpla en mí su plan con entera libertad. Yo, ¿para qué he de vivir? Si no he de cumplir la voluntad de Dios, ¿para qué estoy en la tierra? ¡Qué desperdicios de momentos los que se apartan del cumplimiento de la voluntad de Dios!»

Los primeros sentimientos que la embargaron en la vida de comunidad fueron de pro-

funda humildad. Se tenía por la más tonta y por inútil, y solía decir a la Priora y ante toda la Comunidad: «¡Qué caridad tan grande han tenido en recibirme! ¡Qué cosa les ha caído!»

La Priora le contestó: «Tiene mucho adelantado con ser tan tonta, porque los letrados y los que valen han de comenzar por cortar con eso (quería decir con sus altiveces, a que tanta ocasión les da su condición) y V. C. ya lo tiene todo hecho. Por tanto, dé gracias a Dios Nuestro Señor.»

María de la Paz añadió: «Madre, ¿sí? Pues ahora que V. R. me lo dice estoy convencida de todo.»

Era por vencimiento de carácter dulce, y no obstante tener natural apego a las cosas, por dominio era desprendida de lo suyo y jamás usaba de sus cosas como suyas.

Ya desde seglar, a fin de practicar el desprendimiento de las cosas terrenas, en las circunstancias en que era conveniente, se hacía esta reflexión: «Si Jesús me pide esto, ¡cómo voy a amar esto más que a Jesús!» Así conseguía ordenar y moderar el afecto a las cosas.

Nunca en Religión ni fuera llegó a decir palabras altivas. Y si es cierto que en una ocasión, por temor a que impusieran una multa a su padre, sintió que una vecina arrojara en exceso agua a su calle y se atrevió a decirle que iba a llamar a un guardia civil para que

se la llevara, también es cierto que lloró después amargamente su culpa que extremadamente ponderaba en presencia de toda la Comunidad, con el fin de que la tuvieran por grande pecadora y rogaran a Dios por ella.

Desde los comienzos de su vida de religiosa nada se notó en su porte exterior que indicara disipación o afectos menos ordenados en su corazón, antes por la manera de la vista y expresión constante del rostro, a la par que con sus modales en extremo delicados, correctos y mezclados con cierto misterioso sabor de unción, que sólo se nota en las almas ávidas de santidad, dejábase entender, sin que ella lo pretendiera, que su alma estaba completamente entregada a Dios. Ofrecía todo su continente un aspecto angelical todo modestia y naturalidad.

Así se explica que las mismas Concepcionistas de Lloret de Mar, en la visita que a su convento hizo la Comunidad de Carmelitas en pleno, antes de su partida a Manises, se fijaran en ella sobre las demás, y felicitaran a la Priora por la postulante que habían recibido, porque, como ellas decían, se le veía la presencia de Dios como habitual y llevaba el sello de predestinada a través de sus ojos, siempre alegres y sonrientes, que veían sin mirar.

Su recogimiento exterior era tan exacto y proverbial que, siendo ya profesas, las novicias, a la sazón once, pidieron licencia a la Madre

Maestra para mirarla y aprender de ella. Lo guardaba sin afectación y con la mayor naturalidad. Ello no obstante, nunca fué óbice para manifestarse cortés en su trato con los demás, ya que, en concepto de cuantos la trataron, tanto al tener que hablar como cuando se le dirigía la palabra, se mostraba siempre agradable, y no podía menos de dar a conocer que estaba poseída del espíritu de Dios y obraba como quien anda en su divina presencia.

Tenía mucho rendimiento de juicio, y con verdadera fe miraba siempre en la Prelada a Dios Nuestro Señor.

Lo más sagrado para ella en la vida religiosa era la obediencia. Tanto es así que en la última exclaustrada, cuando había de hacer cualquier cosa, se le oía decir: «Si ahora estuviera nuestra Madre (se refería a la Priora) diría ésto y así lo debemos hacer». Y lo hacía como suponía querría la Madre Priora en el caso de estar presente. Es decir, que incluso en estas circunstancias, de natural exención, informaba todas sus obras con el espíritu de la obediencia religiosa.

Cualquier ocupación era suspendida en el acto en que se le mandaba otra cosa, y la dejaba como estaba en ese momento sin preocuparse más. Estaba cerrando una ventana, y, sin acabar, atendía y hacía lo otro que se le mandaba.

Desde el Noviciado hizo suyo, y se aplicaba al caso, lo que había oído repetidas veces a su Madre Maestra, admirable en todo, de quien recogió hasta el más pequeño detalle en orden a la observancia de las virtudes religiosas.

Solía recordar esta máxima: «El acto de la voluntad de Dios se manifiesta hasta el momento en que la Prelada manda otra cosa diferente».

Para ella, desde ese momento, dejaba de servirse el Señor en ese acto que ella ejecutaba y le estorbaba continuar, ya que todo su anhelo era hacer en todo la voluntad de Dios.

Era fiel amante de la santa pobreza, y ponía especial cuidado en observarla en todo. En lo que de ella dependía ponía empeño de que nada se perdiera. Cuando encontraba algo al parecer despreciable, decía: «Si un pobre encontrara esto, ¡cuánto aprecio haría de ello! Puede ser que a nosotras nos aproveche alguna vez para alguna cosa».

Fué provisor, y por amor a la pobreza tenía interés de que no se desperdiciara nada y no faltara nada a la Comunidad.

Y cuando faltaba algo, exclamaba: «Lo siento por la Comunidad, pero no puedo dejar de alegrarme mucho, porque comprendo que lo que Dios quita al cuerpo lo dará al espíritu, porque Dios es perfecto en todas sus obras».

Era un sábado de Gloria cuando, viviendo

con bastante estrechez la Comunidad, sucedió que la familia de una de las religiosas envió un carro lleno de provisiones, y cuando vió que la provisoría estaba abastecida para largo tiempo, fué, afligida, a buscar a la Priora, y díjole: «Madre nuestra, yo no puedo callarme. ¡Es tanta la pena que siento al ver que tenemos provisiones! ¿No será que Nuestro Señor, mirando mi bajeza en esos ratitos que he tenido de sufrimiento por no tener qué dar a la Comunidad, habrá visto falta de abandono en su voluntad divina y por ésto me ha quitado esta pena? Temo que algo nos suceda por culpa mía».

Durante su tiempo de enfermera mostróse delicadísima para con las enfermas, a quienes se daba de lleno, olvidándose por completo de sí misma. Al cambio de oficio se le reservó el cuidado de una enferma que, por estar en estado harto grave, necesitaba especialísima asistencia.

Con ella desplegó todo su celo y ejercitó en alto grado su caridad.

Jamás se notó, en el cumplimiento de este encargo, la más pequeña imprevisión por parte de la Hermana María de la Paz.

Dios, a la vez, le asistió evidentemente en este su oficio, ya que se repitió el caso de advertir, desde su celda, las necesidades de cada momento de la enferma. En horas en que no acostumbraba acudir a la cabecera de la en-

ferma, pedía permiso a la Priora para llevarle alguna cosa determinada, y siempre era precisamente lo que aquélla necesitaba.

Amaba tiernamente a Jesús y le anteponía a todo. No solamente procuraba no ofenderle pecando, sino que se industriaba para ofrecerle testimonios irrecusables del amor grande que le tenía. Para ello se sujetó puntualmente a la vida común, que de suyo exige quebranto del juicio y de la propia voluntad, y obliga, para bien concordar, a la renuncia de toda singularidad, e hizo de la observancia regular una cruz en que vivía con Cristo enclavada con aquella sed abrasadora de almas que sintió el Maestro en su divino sacrificio.

Parece que se propuso seguir a Cristo en sus mortificaciones, que, a pesar de sus insignificantes apariencias, eran en el fondo grandes por la intención de que las informaba y por su ejemplar constancia, siempre inalterable desde que se abrazó con las Reglas del Carmen.

Una cosa sobre las demás es lo que nos revela el espíritu de mortificación de la Hermana María de la Paz. Entró al convento con una gran repugnancia al régimen de abstinencia que se lleva en todas las comunidades de religiosas Carmelitas Descalzas, y esa misma repugnancia le acompañó toda la vida.

Siempre que se sentaba a la mesa para comer, lo hacía con todo el espíritu que exige

aquella máxima que preside los refectorios carmelitanos : «Ad mensam sicut ad crucem ; ad crucem sicut ad mensam». Porque lo cierto es que nunca pudo conformarse su natural con aquellas comidas, parcas en absoluto, y sin la menor substancia de carne.

Sin embargo, con santa ingenuidad manifestó a su Priora que lo más dulce para ella era no sentir nunca placer sensible en la comida y tener siempre por ello ocasión de ofrecer este sacrificio a Dios.

Entregada sin reservas a Jesús, solía repetir : «¡ Pobre Jesús ; su Corazón Divino está sediento de amor !»

Ante la consideración del amor infinito de Jesús se abismaba y se encendía en ardientes deseos de hacerle una oblación de mayor estima. Se sentía llamada a unirse tan íntimamente al que llamaba su Esposo, que quería ser una misma cosa con Él en ideales y sacrificios. Su gran obsesión era reparar, en cuanto le fuera posible, los pecados de todo el mundo, pero, sobre todo, los de España. Pensaba en algo grande, en algo que ni ella podía acertar si sería aceptado...

Por fin se decidió a ponerlo en conocimiento de su Priora, a quien, con el mayor sigilo, temiendo quedar desautorizada por lo bajo que sentía de sí misma y lo indigna de merecer se aceptara su ofrecimiento, dijo : «Madre nuestra, ¿será una presunción mía el pedir a

Jesús que todo ese amor que otras almas, por no conocerle, no pueden saciarle, lo derrame sobre mí y me abrase y me consuma de manera que yo pueda ser una víctima de su amor?».

Con permiso del confesor y de la Priora se ofreció como víctima al Amor Divino, y fué, en efecto, generosísima.

Dios Nuestro Señor dióle a beber su cáliz enviándole una enfermedad de muerte. Ella la recibió como un don del cielo, en señal de que Jesús había aceptado su oblación, y desde que comenzó a tenerla se le notó un celo más vivo por la salvación de las almas.

Al año de enfermar avisó a la Priora, diciéndole con la mayor delicadeza y con la más profunda humildad: «Hace muchos meses que voy perdiendo fuerzas; noto que el trabajo es para mí más pesado cada día; pero, Madre nuestra, ¡qué dulce es sentir este desgaste para poder ofrecerlo por los sacerdotes que tal vez lo necesitan! Pero, Madre nuestra, ¿no será esto soberbia en mí? Que se digne Jesucristo Nuestro Señor ofrecer sus méritos infinitos a nuestro Padre Celestial y unir esto poquito que puedo yo ofrecerle».

Respondió la Priora: «¿Por qué no me lo habías dicho?»

La Hermana María de la Paz repuso: «¡Es tan poquito! Tendrá mucha vergüenza ante Dios y ante las almas que Él me ha con-

fiado, porque yo comprendo que cada religiosa tiene un número de almas que salvar. Tengo miedo, por mi falta de mortificación, no lleguen al grado de perfección y unión con Dios a que están llamadas muchas almas.»

Guardaba constantemente la presencia de Dios, y frecuentemente comunicaba con Jesús por medio de encendidas jaculatorias. He aquí su exclamación favorita: «Jesús mío, aunque soy tan miserable, dignate asimilarme a Ti y pon en mí todo aquello que me falta para que tu plan divino se cumpla». En ella se descubre su exquisita rectitud de intención y cuán lejos estaba de presumir.

Bien podemos concluir que la Hermana María de la Paz es un modelo acabado de Carmelita Descalza. Su espíritu en nada difiere del que informó a las primeras monjas de la Reforma. Su temple está labrado conforme a las trazas dadas por la excelsa fundadora de los Carmelos Descalzos. Es una hija preclara de Santa Teresa de Jesús que honra a la Orden.

IV

LA GRAN PRUEBA

Lo peor que puede suceder para la religiosa de recta observancia y que vive enamorada de su profesión monjil, es verse reducida a la condición de seglar fuera de su adorado convento. Dos veces lo tuvo que dejar la Hermana María de la Paz.

Los vergonzosos sucesos del año 1931 rompieron el santo recogimiento de las religiosas Carmelitas Descalzas de Manises y las obligaron a dispersarse y a pedir hospitalidad entre sus amigos y familiares, cambiando, por fuerza de las circunstancias, su celestial retiro por el alborotado e intranquilo comercio con el siglo.

Mucha fe se necesita para no naufragar en medio de la tempestad de dudas que azotan la navecilla de las almas que, después de haberse despedido del mundo, con intención de no volver jamás a él, vense obligadas, en tales circunstancias, a reintegrarse a los usos y costumbres a que renunciaron contra el parecer de los mismos quizá entre quienes buscan am-

paro, y de un salto se sienten absorbidas por ese mismo mundo que considera como locura las más de las veces su vocación.

Pero María de la Paz, amante como la que más de aquel encierro donde tanta bonanza había experimentado, llena del espíritu de Dios, no se inmuta en ese trance. Cree que la exclaustración es una de tantas disposiciones de la Divina Providencia, y se la oye exclamar con la mayor serenidad, previniéndose así contra todo peligro: «La religiosa lleva la clausura en sí misma, porque es la que ha profesado; no son las paredes las que han prometido a Dios guardarnos, sino la religiosa es quien ha prometido a Dios ocultarse y apartarse del mundo».

Tanto en esa exclaustración como en la del 1936, metida en la casa paterna, es la monjita de Manises que hace de su familia un convento y fabrica en su corazón una celda para seguir cumpliendo sus votos religiosos.

En boca de cuantos la observan «es una santa».

En la exclaustración de 1931, con motivo de los sacrílegos incendios de conventos, la Hermana María de la Paz llegó a maravillarse, no sólo a sus padres y hermanos, con quienes vivía en Benaguacil, su pueblo natal, sino que también a muchos de sus coterráneos y al propio Sr. Cotanda, que siguió, en estas circunstancias, siendo su confesor.

Dicho señor, que tenía encargo de la Madre Priora de cuidar de ella muy especialmente, notó que desde su ingreso en el convento había progresado mucho en la virtud.

Refiere el mismo que cuando la Hermana María de la Paz oraba en la iglesia parroquial, tal era su recogimiento que llegaba a llamar la atención de la gente, y que algunas personas se ponían de frente, delante de ella, para tener el placer de observarla. Luego exclamaban: «Es una santa».

El tiempo de esa exclaustación fué corto, y después de él aun pudo reunirse en el convento de Manises la dispersa Comunidad de Carmelitas Descalzas, de la que formaba parte María de la Paz, sin tener que lamentar atropellos ni destrozos.

Pero en julio de 1936 vino la revolución sangrienta, perseguidora de todo lo divino, y anegó a España de crímenes.

Las religiosas tuvieron que salir precipitadamente, temerosas no tanto del martirio cuanto de las profanaciones a que se entregaban hombres sin honor y sin vergüenza.

María de la Paz corrió, tras breves días de escondite en Manises, a juntarse en compañía de la Hermana María de los Angeles (la que en el siglo se llamó Obdulia), con Sor Fidela de Jesús Hostia, al lado de sus buenos padres y demás hermanos.

Estos las recibieron a todas sin temer la

posible persecución por parte de los gerifaltes de entonces y de la plebe ciega y envenenada que consideraban un delito el hecho de acoger a religiosos, aunque se tratara de familiares.

Dios quiso que nadie las molestara, y que las tres monjitas, dos de ellas Carmelitas Descalzas y la otra Canonessa de San Agustín, pasaran aquellos días de inquietudes y zozobras dedicadas a sus quehaceres caseros y a la práctica de las virtudes religiosas.

María de la Paz, en aquellos instantes en extremo difíciles, fué la gran animadora del pequeño monasterio improvisado en las habitaciones familiares. Era la que urgía a las otras dos hermanas la observancia de las virtudes religiosas, y por su parte no se eximió de nada y siguió llevando el mismo tenor de vida en lo posible que en su convento. Guardaba sus ayunos, tenía sus mortificaciones, obraba en todo con espíritu de obediencia, sintió en verdad y llevó con espíritu los efectos de la santa pobreza.

Su vida de oración era continua y guardaba siempre la presencia de Dios.

Como en casa tenían las hermanas repartidas las faenas por semanas, cuando le tocaba coser se sentaba en el último peldaño de la escalera junto al porche o cambra para ocultarse y hacer de aquel lugar su celda. Y si iba a hacerle compañía su hermana, mientras descansaba de otro quehacer, le decía son-

riendo : «Si te parece me marchó a la celda y así estaremos solas con Jesús». Y se marchaba.

Por agosto de 1936 hizo un viaje, acompañada de su madre, a un pueblecito próximo a Valencia, con el fin de visitar a dos religiosas Carmelitas que vivían allí y preguntarles si sabían algo de las demás monjitas de su Comunidad.

Se encontró con que aquellas buenas Hermanitas y su familia estaban entonces en la mayor indigencia, y no pudiendo otra cosa les dió, al despedirse, una peseta y el pedazo de pan y un poquito de chocolate que llevaba para su desayuno y el de su madre.

Al regresar a casa contó muy apenada a sus hermanas las tristes circunstancias por que pasaban las buenas monjitas, y mandó llamar a varias señoras, a quienes expuso la extrema necesidad de aquéllas y les pidió para ellas una limosna. Se la entregaron y la mandó.

A todos hablaba con cariño, en especial a los pobres.

A sus sobrinitos los acariciaba suavemente pasándoles la mano por sus inocentes mejillas y por sus cabecitas. Enseñó a uno de ellos a leer, y por Navidad les hizo una cuna con el Niño recostado, y por las tardes les hacía rezar y hacer una procesión de rogativas con cirios encendidos para pedir la paz. Jamás los trató bruscamente.

El mismo día de Navidad despertó a su

hermana la mayor, arrodillándose junto a la puerta de su habitación y cantando con dulce voz un villancico con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos mirando al cielo. Por la tarde quiso su hermano que se lo cantara a él, y él la acompañó con la guitarra. Se lo hizo repetir tres veces.

Hizo que su familia celebrara con santa alegría el día de Reyes, y desde sus padres hasta los sobrinitos a todos quiso que les pusieran algo. Todo ello sin dar a entender el gravísimo mal que minaba su vida consistente en un cáncer en la región pectoral izquierda, cuyas úlceras hacía unos días se habían manifestado al exterior.

Arriesgado era el guardar en casa o llevar consigo algún objeto de carácter religioso en aquellos días en que los iconoclastas modernos tenían toda clase de libertades. Ella, sin embargo, conservó, durante todo el tiempo, los cuatro tomos del Breviario, el Misal, el libro de los Evangelios, el Kempis, las obras de Santa Teresa de Jesús, el Ritual de la Orden y un Crucifijo que llevaba casi siempre consigo y que ofrecía para besar a algunas personas.

Las obras de Santa Teresa eran leídas frecuentemente por ella en voz alta a sus hermanas.

Un día dijo a una de éstas si se había fija-

do en que a veces su crucifijo lloraba y que a veces sonreía.

La hermana dijo que no había notado nada.

Ella replicó: «Pues yo le he visto muchas veces derramar lágrimas y otras sonreír».

Cuando le tocaba hacer la cocina, como no podía agacharse por causa del cáncer, la hacía de rodillas, y con gran caridad tenía siempre preparada el agua por la noche para que el hermano que vivía en casa pudiera limpiarse del polvo de los caminos. Después le daba un ratito de conversación, hablándole de cosas que le hicieran olvidar las fatigas del día. Luego decía a su madre: «Madre, Estanislao ya está arreglado y muy alegre. Me voy a retirar ya. Buenas noches».

—¿Por qué bajas tan pronto?—le preguntó su madre cierto día que dejó su habitación antes de lo acostumbrado.

Contestó ella: «¡Ay, madre! ¡He oído unas blasfemias contra nuestra Madre Santísima! ¡Sucios, más que sucios! ¡Reparemos nosotras y amémosla mucho!»

Los domingos y fiestas leía a sus padres el Misal y el Santo Evangelio, aun estando muy enferma, y les exhortaba al amor de Dios, al desprendimiento del mundo y a prepararse para bien morir.

A todos hablaba de la muerte y desprecio de la vida.

Viendo que su hermana Sor Fidela de Je-

sús Hostia pasaba largos ratos lavando y solícita por las cosas de casa, temiendo dejara por ello, o descuidara, la vida interior, le recomendaba mucho la presencia de Dios.

Cierto día que la vió muy atareada le preguntó: «¿Has podido hacer ya la oración? Mira que necesitamos mucho de ella. No la descuides».

La misma hermana dice que aunque los rojos asaltaron su convento y se extraviaron los libros de sus Constituciones, ella, mirando a la Hermana María de la Paz, leía el capítulo que quería. Que todo su porte exterior era un sobrescrito de las reglas de la modestia religiosa.

En las pocas veces que recibió visitas procuró que éstas fueran breves y con escucha, al estilo del convento, y durante las mismas permanecía atentísima con la mano izquierda en la cintura cogida al cinturón o delantal y la derecha encima de la izquierda, de modo decente y quieto.

Durante la primera exclaustación solía guardar clausura en casa después de oír misa y hacer su oración en la iglesia parroquial, donde, como dejamos dicho, era causa de tanta edificación para la gente. Y habiéndole mandado la Priora que saliera algún ratito de paseo, solía hacerlo por sitios retirados y lo aprovechaba para rezar el Oficio Divino, que nunca dejó, hasta que, obligada a guardar

cama, se lo prohibieron en los últimos días de la enfermedad que dió con su cuerpo en el sepulcro.

Como discípula aprovechada de la escuela de la seráfica Santa Teresa de Jesús, cobró una confianza ilimitada en la intercesión del Patriarca San José, y a él acudía en sus mayores apuros, segura de alcanzar por él la protección del cielo.

Cierto día oyó decir que los rojos necesitaban la casa en que habitaba tan tranquilamente con sus padres y hermanos, pretextando que tenía, por hacer esquina, las mejores condiciones para casa social, ya que sus dos puertas abrían una a la plaza principal del pueblo y la otra a una calle.

La Hermana María de la Paz dijo a Sor Fidela: «Ahora verás». Escribió en un papequito «CASA», se lo colgó al cuello a una estatuíta de San José y no se llevó a efecto el existente proyecto de incautación.

Otro día, a su hermano, recién llegado de un pueblo vecino a donde había ido a llevar algunos encargos de ropa, estando comiendo en familia, le dió un síncope y quedó como muerto, sin sentido, por espacio de unos diez minutos. La Hermana María de la Paz, abriendo sus grandes ojos, miró fijamente al cielo e invocó a San José. Al instante volvió en sí su hermano y aún terminó de comer.

A falta de disciplinas, estando ya enferma,

se hizo unas con cuerdas de cáñamo. Esto da a entender que ardía su corazón en ansias de padecer más y más por Jesús.

V

EL ARA DEL SACRIFICIO

Nadie podía sospechar que María de la Paz ocultara su grave estado de salud, porque, ávida de sufrir por Jesús y cuidadosa de no perder su galardón en el cielo, tenía la habilidad de disimular ante los demás sus dolores con cara de sonrisa y de jovialidad.

Llevaba vida ordinaria, sin dar a entender que su pecho estaba atacado por mortífero cáncer, a pesar de que ella lo sabía. Y solamente de vez en cuando se advirtió, en algunos trabajos, que le faltaban fuerzas.

Sería por el mes de octubre del año 1936 cuando le mandó su madre pelar maíz, y alguien notó que las panojas más difíciles las entregaba a Sor Fidela. Seguramente usaba de esta estratagema para no dar a conocer el estado de su muy quebrantada salud y ofrecer un sacrificio más al Amor Divino, consecuente en todo con la oblación que de sí había hecho, porque jamás rehusó el trabajo y siempre, aun en esta circunstancia, se sujetó puntualmente a la obediencia.

Pero el 1.º de enero de 1937, festividad de la Circuncisión del Señor, se le reventó en sangre una úlcera y hubo de llamar temprano a su hermana para darle a entender el mal que tenía y rogarle que pidiera permiso a su madre para ir a Manises y hablar a su médico del convento sobre el caso, a fin de que le diera remedio para evitar que saliera tanta sangre.

Su madre, que ignoraba el suceso, alarmóse al saber que Sor Fidela iba a Manises para hablar al médico.

Sor Fidela le dijo sencillamente que no tenía importancia, que era solamente un granito lo que tenía la Hermana María de la Paz, y que iba a hacer unas preguntas sobre el mismo al médico.

Tranquilizóse la madre, y Sor Fidela fué a ese fin a Manises, y, aunque habló con el deseado médico, no fué posible que éste viera la enferma en aquel entonces, porque no estaba en condiciones de ser trasladada a la clínica, ni a él le fué posible personarse en Benaguacil, donde ella residía.

En tal circunstancia manifestó dicho señor médico su admiración con respecto a la Hermana María de la Paz, que al diagnosticar el mal y entender la misma que era de muerte, exclamó: «Más pronto iré al Esposo».

Llegó el mes de junio y el mal estaba tan extendido, que Sor Fidela creyó necesario in-

sistir al mismo médico para que fuera a visitar a la Hermana María de la Paz. Esta vez lo consiguió.

Fué reconocida la enferma, y tan pésima impresión causó al médico su estado, que aseguró que lo más que podría vivir, siguiendo como iba, sería hasta la próxima Navidad. Era el cáncer más desarrollado que había conocido.

Para colmo de males comenzó a ulcerársele también la pierna izquierda, y su madre le dijo que iba a avisar al médico de casa (que aun no sabía que la Hermana María de la Paz estaba enferma).

María de la Paz dijo: «Madre, yo estoy desahuciada de los médicos; pero si es que usted quiere hágalo, y así podrá certificar cuando, dentro de poco, muera».

El médico la visitó, y ella le dijo: «Señor doctor, nunca me había imaginado que fuese tan bonito estar enferma. ¡Oh, qué hermosa es la enfermedad!»

Al retirarse la enferma de la presencia del médico, éste preguntó si se quejaba mucho. Sus hermanas dijeron que nada.

El médico replicó que por los dolores que sin duda ninguna sufría, debía dar unos gritos que no dejaran dormir de noche a los vecinos, y añadió: «¡Pero como es tan virtuosa, así se explica...!»

Otro día, con ocasión de la visita de otro

médico a una de sus hermanas, enferma entonces de la garganta, dijeron a la Hermana María de la Paz las monjitas que estuviera preparada porque su madre quería que la visitara a ella también, para que, como especialista a la vez de las enfermedades de la piel, viera de darle alguna cosa que evitara tanta hemorragia.

Cedió al mandato de su madre y esperó en la habitación contigua a que la llamaran.

Sus hermanas se olvidaron de llamarla, y cuando ya se había marchado el médico se acordaron de que la Hermana María de la Paz estaba esperando que la llamaran.

Sor Fidela y la Hermana María de los Angeles fueron a decir su culpa a la Hermana María de la Paz y le pidieron mil perdones.

Ella contestó que no se apuraran. «Yo me he preparado—dijo—para ser visitada por obedecer a la madre, pero ahora se ve que Jesús no quiere, al permitir este olvido en VV. CC. Pues gloria a Dios». Y volvió a sonreír más dulcemente que al verlas entrar.

El día 28 de agosto, fiesta de San Agustín, tuvo tres hemorragias, durante las cuales las úlceras parecían fuentes y la sangre salió en tal abundancia, que corrió *cosa* de un metro por el suelo de donde estaba sentada. Entre ella y la hermana trataron de atascar aquella inquietante emanación con paños de que echaron mano al efecto, pero éstos se hundían en

el mal y no había modo de conseguir sacarlos sin producir nueva hemorragia.

Estos síntomas dan a entender lo mucho que sufriría la Hermana María de la Paz, máxime en el plan que se fijó ella misma de que nadie le viera el mal, a excepción de Sor Fidela, y de que nadie, ni siquiera ésta, la tocara.

Sufría tanto, que las lágrimas se le escapaban y rodaban por su rostro, resignado y siempre sonriente, a veces teñido con alguna que otra mancha morada que delataba su dolor. Pasaba unas noches muy penosas y padecía sed abrasadora.

Ella sola se hacía las curas, hasta que le faltaron las fuerzas para ello, cortándose la carne que iba desprendiéndose a trozos, ayudándose de un espejo.

Sor Fidela de Jesús Hostia las presenciaba y le facilitaba las cosas.

Esta gracia de curarse ella sola la había pedido a la Santísima Virgen, y cada cura duraba algunos días hasta tres horas.

No se la oyó quejarse, a pesar de llegar a comprender la zona invadida por el cáncer toda la región pectoral izquierda, casi desde el cuello y por el costado, tan hacia atrás, que llegó a decir: «No sé cómo podré verme ya con el espejo».

En medio de la paz más envidiable comenzaba las curas, implorando fuerzas del cielo

y diciendo: «Vamos a limpiar el jardín del Amado». Y entre tanto se curaba, al brotar sangre, exclamaba: «Mire, una rosa del jardín del Amado».

Fué firme, como en todo, en no dar ocasión a inmodestias y en guardar en lo posible la clausura dentro de casa. Su mal sólo fué visto por los médicos y por las tres monjitas que al fin de su vida la asistieron. Las demás personas no lo vieron, ni aún su padre ni su madre. Sus mismos hermanos sólo entraron a su habitación, estando ella, al momento en que los llamó para despedirse, cuando se acercaba su fin.

Llegó a Benaguacil una señora de Manises, a quien la Hermana María de la Paz estaba muy obligada, en cuya casa se refugió tan pronto fueron expulsadas las monjas de su apacible convento. Sus hermanas le pasaron recado, y desde la cama, donde estaba para no levantarse jamás, dijo: «Yo me gozaría mucho de que subiera y de que me viera, pues para eso viene, pero ésta es la única clausura que puedo guardar y sé que Jesús quiere que así lo haga. Además, que si me ven unas, y otras no, lo llevarán a mal. Yo quisiera complacerla, pero no puede ser. Soy religiosa de clausura y gozo lo indecible en poder guardarla hasta mi último suspiro».

Esto mismo hizo en varios casos que se presentaron como éste.

Como las hemorragias le sobrevenían con tanta frecuencia, había de estar la Hermana María de los Angeles con ella y los días de limpieza de habitaciones, como la Hermana María de los Angeles estaba encargada de limpiar las de arriba, la Hermana María de la Paz le decía: «Dígame V. C. qué habitación va a limpiar primero y yo iré allí para que pueda, al mismo tiempo, espiarme, por si viene hemorragia». Y se sentaba en un rinconcito.

A su hermana Sor Fidela, a su hermana María de los Angeles y a la hermana Teresa María que acudió, como enfermera de la Comunidad de Carmelitas Descalzas de Manises, a cuidarla, una vez en estado de suma gravedad, les dijo: «¿Veis cómo estamos santificándonos, vosotras velándome y yo sufriendo un poquito?»

Siempre ponía una estampita de Santa Teresita delante de sí antes de curarse, para verla entre tanto se curaba. Era la estampita que entregaron a su madre en la jornada del dolor, y representaba a la Santa en su lecho o tarima sufriendo. Esta estampita la pidió con mucho interés a su madre y ya no la dejó hasta morir.

Parece que se propuso sufrir lo más sola posible con Jesús todo el calvario de aquel mal doloroso y agotador.

Una sola vez dijo: «Siento un desespero

muy grande..., gritaría mucho, pero..., para qué».

Le ordenó el médico morfina y ella nunca la pidió, y la rehusaba cuando se la daban.

Sabía que estaba desahuciada de los médicos y que eran inútiles las medicinas, y, con todo, no perdió la presencia de ánimo y en los momentos de mayor gravedad se la oyó exclamar: «¡Jesús, por España! ¡Jesús, por los sacerdotes! Jesús, por mí que soy una pobre pecadora!».

Hay quien dice que viendo pasar cierto día apresados a dos sacerdotes muy estimados suyos, camino de la prisión, experimentó tal dolor, que súbitamente se agravó, y desde aquel día ya no sintió ningún alivio ni la más ligera mejoría.

Así se explica que exclamara hablando de los rojos: «Nuestros buenos hermanitos me han quitado la salud».

Sin embargo, nunca murmuró de ellos, ni renegó contra nadie, antes al contrario, rogaba por todos y parecía complacerse en aquel estado.

A las monjitas del Corpus Christi, de Valencia, las dejó edificadas con el ejemplo de su conformidad heroica en medio de sus terribles dolores y con el valor de ser la más fina observante de las Reglas y Constituciones de la Orden en aquellas circunstancias difíciles en que se encontraba y la visitaban.

Ella misma, con toda sinceridad y con la mayor resignación, les dijo, que estaba toda ulcerada.

A su padre, en circunstancias en que le preguntó qué hacía, le contestó dulce y alegremente: «Aquí estoy cantando el cántico del amor».

Cantar el cántico del amor era para ella el padecer. Con la misma unción que salmodiaba en el coro del convento, sufría aquel mal con que Jesús la hirió para dar desahogo a su corazón, amante de veras y deseoso de inmolarse por El a trueque de alcanzar las divinas misericordias sobre las almas y sobre los sacerdotes elegidos para conducirlos a Dios.

Bien sabía ella que era víctima ofrecida y que la había aceptado Dios y que había sonado la hora del sacrificio.

Estaba dispuesta, sin ninguna turbación, en el ara para consumir la obra y dejar que se cumpliera en ella enteramente el plan de Dios.

VI

LOS ÚLTIMOS SACRAMENTOS

La Hermana María de la Paz sentía, como toda buena religiosa, un cariño entrañable hacia sus Hermanas de religión y hacia las cosas del convento.

Por más que de éste salió resignada en la voluntad del Señor, el amor a lo que había abrazado en su profesión y que constituía su vida, la inclinaba a desear el pronto retorno a su Carmelo Descalzo de Manises.

Allí había gozado los efectos de la perfecta caridad entre aquellas angelicales monjitas de su Comunidad, tan observantes y sacrificadas.

La celda le recordaba la misteriosa soledad en que tantas veces había escuchado las divinas hablas del Amado. En ella suspiraba a sus anchas, mientras corría por sus dedos la hebra de hilo con que confeccionaba alguna labor puesta su mirada en aquella cruz de palo colgada en la pared sobre el cabezal de su duro lecho de tablas. Sentada en el suelo de su celda, según costumbre carmelitana, había

meditado a solas las verdades eternas y había leído tantas cosas, que le ayudaron a desprenderse del mundo y a entregar su corazón todo entero a Jesús.

Aquella Madre Priora había servido para ella como de brazo de la Providencia. Alma sencilla y humilde, a ella recurría en sus interiores zozobras, de ella se aconsejaba en sus dudas, en sus oídos sonaban los mandatos de la Priora a voz de Dios; le bastaba la menor señal por parte de ésta para sujetarse en todo a su voluntad.

Por eso no es de extrañar que en cuanto llegó a Benaguacil y sintió agravarse su mal, recurriera a su poderoso valedor, el glorioso Patriarca San José, y le eligiera por patrocinador de aquellos sus santos deseos colgando con la mayor confianza del cuello de una estatua del mismo Santo un papelito en que decía: «Padre mío San José, no me dejes morir sin Prelada, sin Comunidad y sin celda».

No obstante acordarse de esto, cuando la gravedad ya subió de punto, dijo a Sor Fidéla: «¿Te acuerdas de aquello que escribí a Nuestro Padre San José? Si fuera ahora no lo escribiría, pues ya me da todo igual. ¡Santo abandono! ¡Lo que quiera Jesús!»

Su misma madre llegó a decir: «Si mi hija fuera otra clase de enferma me hubiera hecho gastar mucho, pero está muy desprendida de toda clase de alivios».

Era la abnegación personificada. Le faltaban fuerzas incluso para subir a la cama cuando había de acostarse, y aun en este caso no quería ayudarse de nadie por no molestar, y a su hermana María de los Angeles, que fuera de las curas es la que más solía estar con ella, le decía : «¿Ves cómo no puedo? Pues ahora verás». Dirigía una mirada a la imagen de la Santísima Virgen y decía : «Tú, Madre mía, ayúdame». Y aunque con pena, subía sola.

Durante los últimos diez días de su vida, encontrándose muy desfallecida, hacía arrodillar a sus hermanas antes de las curas, y les decía : «Me encuentro sin fuerzas para emprender la cura. Recemos tres Ave María a Nuestra Madre Santísima para que me ayude».

Inmediatamente, con calma y paciencia suma, comenzaba la tarea sin inmutarse ante la sangre que salía cada vez en mayor abundancia por nuevas úlceras que aparecían de día en día en mayor número.

Estaba en los umbrales de la muerte y no le amedrentaba su pensamiento, y hasta la tomó como tema favorito de sus coloquios con los demás.

Un hermano suyo, que la conocía bien respecto a este particular, quiso obsequiarla un día, y desde el piso bajo le dijo : «Baja, que te he hecho unos versos que te gustan a ti».

Ella le contestó desde su habitación que se los cantara desde el último peldaño de la

escalera que con mucho gusto los escucharía, pero que la dispensara de bajar, ya que no estaba en disposición de hacerlo.

Desde arriba los oyó, y como por ellos le anunciaba la proximidad de su muerte, quedó en extremo consolada.

Después de las coplas preguntóle el hermano qué le parecían.

Ella respondió que le habían gustado mucho, pero que sólo nombraba a nuestra Madre Santísima y a Jesús, y que debía hacer un verso a Nuestro Padre San José. «Se conoce—le dijo—que te has olvidado».

Al instante le hizo uno que la dejó del todo satisfecha.

Los oyó derecha sobre el último escalón, donde estaba junto con Sor Fidela, de manera que no eran vistas del hermano que cantaba.

Sor Fidela notó que la Hermana María de la Paz sintió gran placer, sobre todo al oír, por boca de su hermano, que se le aparecería y estaría el gracioso San José en su muerte.

Las penalidades que le proporcionaba un cáncer tan maligno no eran bastante para hacerle olvidar los usos acostumbrados en el convento, y hasta en los más pequeños detalles siguió viviendo en lo posible como si estuviera encerrada en él.

Una noche pidió una caja de fósforos a su hermana, y ésta le alargó una cajita de celuloide negra, con el raspador no tan tosco

como el de las que usaban las Carmelitas, y se negó a tomarla, diciéndole a la vez que sonreía : « ¡ Mira si tomaría yo esa cajita ! ¡ No lo quiera Dios ! »

Para descansar, fuera del lecho, solía sentarse en una sillita baja, bastante incómoda, a juicio de los que la probaron, sorprendidos de que siempre eligiera la misma para sentarse.

La fecha del 12 de agosto de 1937 debiéramos escribirla con doble admiración en la biografía de la Hermana María de la Paz, porque en ella, seguramente, olvidó su exclaustración y se sintió transportada al grato y santamente pacífico ambiente del convento. Fué el día de su Viático.

En él recibió la visita de un Padre Carmelita Descalzo, providencialmente el mismo que durante algunos años fué el Director espiritual del Carmelo Descalzo de Manises, cuando estaba establecido en Lloret de Mar, a quien la Hermana María de la Paz ya conocía y amaba con gran confianza y veneración. Juntamente con él coincidieron la Hermana María Josefa y otras monjitas, quienes, a pesar de los peligros a que se exponían, no solamente la visitaban con frecuencia, sino que incluso pedían limosna para ayudar a la enferma y a sus familiares, que pasaban por una crisis económica bastante extrema. Monjita hubo que se impuso el sacrificio, ya que el fruto de su

trabajo ordinario lo necesitaba para mantener a sus padres, de trabajar en horas extraordinarias y destinar el producto a sufragar los gastos de la enfermedad de la Hermana María de la Paz.

La enferma, a pesar de estar dispersa su Comunidad, no sintió el menor atisbo de abandono por parte de sus Hermanas en religión, que se desvivían por que nada le faltara de cuanto necesitaba, y se esforzaban, a pesar de la obligada separación, por hacerle palpar la caridad sin límites que le guardaban.

La Priora, que, por ser mejicana, había sido obligada a evacuar al extranjero por su propio Cónsul, velaba por todas sus hijas, pero en sus cartas se notaba una preocupación especial por la Hermana María de la Paz y procuraba fuera atendida en lo posible del mejor modo y hacía instancias para estar al corriente de su estado de salud.

Es indecible la edificación que esto causaba a sus buenos padres, que siempre tienen palabras de agradecimiento para con estas Hermanitas Carmelitas por lo que hicieron con ellos y con su hija, a costa de mucha exposición en tiempo de persecución tan cruda.

A Sor Fidela de Jesús Hostia hemos oído decir, refiriendo las muestras de cariño y las atenciones de las monjitas de Manises, con ocasión de la enfermedad de la Hermana María de la Paz: «No nos hacía novedad, pues ya

estábamos acostumbradas a verlo así en nuestros conventos. ¡ Oh Santa Caridad que nos haces sentir las aflicciones y sufrimientos de nuestras Hermanas como si fueran propios, así como las alegrías y consuelos ! ¡ Seas mil veces bendita y conocida de todos los que no te conocen ! ¡ Oh Santa Religión, qué grande eres ! »

Este mismo día, la Hermana María Josefa tuvo que dejar a su padre gravemente enfermo en cama para tener que acudir a Benaguacil, y Dios le premió el sacrificio haciéndola testigo de uno de los actos más emocionantes de la vida de la Hermana María de la Paz.

Presentáronse el grupito de religiosas y el Padre a la enferma, y después de cambiar los saludos de costumbre, la Hermana María Josefa le dijo : « ¿ Sabe, Hermana María de la Paz, a qué venimos hoy... ? Le traemos, incluso, la Extrema Unción... »

El Padre, por su parte, le dijo también : « Hermana María de la Paz, le voy a administrar los últimos Sacramentos ».

Ella, muy risueña y alegre, contestó : « Dios se lo pagará, pues creo será una gracia especialísima de Jesús recibir esos auxilios espirituales en estos tiempos ».

Oyó primero la Santa Misa, rodeada de su familia y de algunas Hermanas del Convento de Manises, en aquel ambiente que ponía emoción por recordar aquel otro de las cata-

cumbas, donde los perseguidos cristianos primitivos reuníanse, con el mayor sigilo, en aquellas profundidades para dar culto a Dios, burlando así el odio de sus enemigos.

Comulgaron todos en ella, y la Hermana María de la Paz recibió el Santo Viático postrada en el lecho y vestido el Santo Escapulario, propio del hábito de Carmelita, que pidió de antemano.

Respondió a todo lo del Ritual con voz firme y serena; sin ocultar su habitual gesto de alegría interior que asomaba al rostro con signo de modesta sonrisa, mientras las monjitas apenas podían contener sus lágrimas de emoción.

Después del Viático recibió la Última Unción con fe digna de imitación, porque al acabar la ceremonia se besaba con suma devoción las manos, diciendo a la vez que sus miembros estaban ya purificados con el Santo Oleo.

Volvió a decir al Padre: «Dios se lo pague mucho». Y añadió: «Pero yo aun no me muero».

Quedó algún rato abismada en profunda acción de gracias a Dios, a la Madre Santa Teresa y a Nuestro Padre San José, y exteriorizaba su contento por el acontecimiento. Recibió también la indulgencia plenaria.

El Padre, al marcharse, dejó dicho: «Si viene el Padre Elías le dicen que ya le he dado

la indulgencia plenaria, porque de un momento a otro puede morir. Está grave, aunque nosotros no lo vemos por la virtud que tiene la Hermanita y por su deseo, diría obsesión, de sufrir. Aunque no le den morfina puede resistir los dolores que padece, pues el amor indecible que tiene a Jesús le da fuerzas para padecer».

A este mismo Padre le manifestó que estaba ofrecida al Amor Misericordioso como víctima, y que tenía no conducirse como tal cuando se estremecía y gemía acosada por los agudísimos dolores que sentía, sobre todo siendo tan evidente que Jesús había aceptado su ofrecimiento y la quería víctima expiatoria para la paz de la Iglesia en España y la salvación de esta desventurada nación. Que «una víctima voluntaria—decía—debe gozarse en el sacrificio».

Al decirle el Padre que no debía olvidar que el Señor, víctima divina que voluntariamente se había ofrecido al Padre Celestial para la salvación de la humanidad, sudó sangre, sintió tristeza profunda, gimió en Getsemaní y clamó al Padre, sintiendo el abandono en su agonía, respondióle: «Dios le pague, Padre, la paz que me producen sus palabras. Quedo tranquila y sosegada; Vuestra Reverencia me habla en nombre de Dios y me recuerda el ejemplo del Divino Modelo. Dios se lo pague. ¡Qué bueno es Dios!»

Un mes, o quizá más, antes de morir, sufrió ya agonías de muerte. Los vómitos se sucedían unos a otros de modo alarmante, porque a los esfuerzos venían en seguida las hemorragias abundantes por las brechas profundas en la región cancerosa, que dejaban casi al descubierto venas y arterias.

Estaba hecha una lástima, y conociendo su estado, ella misma decía a una de sus hermanas: «Ya verás cómo no tengo agonía cuando muera, pues estoy pasándola ahora». En estos trances sentía la necesidad de morir.

El día 29 de agosto y 1.º de septiembre tuvo dos colapsos, y estuvo a punto de entregar su alma a Dios.

El 14 de septiembre se reunieron alrededor del lecho de la Hermana María de la Paz las monjitas de su Comunidad, que vivían dispersas por la capital de Valencia y por los pueblos vecinos, entre ellas la Hermana María Josefa, actual Priora del convento de Manises.

Esta, ante tal coincidencia, dijo a las demás: «Ya que nos encontramos todas reunidas podíamos hacer la recomendación del alma».

Recibió la nueva con señales de complacencia la enferma, y con el Ritual Carmelitano en la mano dirigió las paces la misma Hermana María Josefa en representación de la Priora de entonces, que, por causa de la revolución, se encontraba, como se ha dicho, ausente.

Todas las religiosas llevaban velas encendidas en sus manos, reproduciendo así al vivo, con casi todos los detalles, el cuadro consolador representado en el convento cuantas veces alguien de la Comunidad estuvo a punto de morir.

La Hermana María de la Paz, que durante el acto contestó a la letanía de invocaciones y a todas las oraciones con acento de humilde esperanza, terminado dicho acto no pudo contenerse, y a las palabras de consuelo y de cariño que la Hermana María Josefa le dirigió en nombre de todas sus Hermanas en religión, exclamó emocionada: «Deme un abrazo, porque V. C. ha hecho de Madre Priora en este acto tan íntimo y trascendental».

Como si estuviera en el convento pidió la bendición, que la Hermana María Josefa le dió temblorosa con el mismo crucifijo que llevaba siempre consigo la Hermana María de la Paz, diciéndole: «El Señor te bendiga. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

La Hermana María Josefa, al despedirse, le dijo: «Siento tenerme que marchar para atender a mi padre y a mis hermanas, pero la dejo con Jesús y la Santísima Virgen, y con V. C. me quedo en espíritu».

La Hermana María de la Paz respondió: «No tarden; tal vez cuando vuelvan ya esté yo en el cielo». Antes ya le dijo: «Cuando

escriba a nuestra Madre dígame todo lo bueno que ha pasado hoy por aquí».

VII

EN BRAZOS DEL ESPOSO

Preparada estaba ya la Hermana María de la Paz para rendir cuentas al Señor y deseaba llegara presto la muerte, a fin de gozar en el cielo de la perfecta unión con el Divino Esposo. Entre tanto, aunque flaca de cuerpo, pues apenas le quedaban fuerzas, su espíritu permanecía firme en no regatear ni una pizca de sacrificio al Amor Divino, y vigilaba solícita por que nada se advirtiera en su modo de proceder que supusiera ni remotamente hastío, cansancio o desprecio de lo que ella había recibido como prenda de que indudablemente había Jesús aceptado su oblación.

Aquel terrible cáncer era ciertamente la pesada cruz que Jesús había cargado sobre los débiles hombros de aquella mujer tan enamorada del Crucificado, que se creía el ser más dichoso por tener ocasión de seguir con sus grandes dolores al Redentor en su calvario, habiéndola El sumado complacido al grupo de vírgenes reparadoras, víctimas del Amor Divino para la salvación del mundo.

Se consideraba víctima del Amor Divino y quería ser generosa hasta el final de su vida. Por eso, ni aun en vísperas de su muerte, decayó en ánimo ni ocultó la sonrisa que siempre tenía a flor de labios, ni dejó de ser en casa la maestra que, haciendo y enseñando, daba a los suyos lecciones de vida cristiana.

Como quien se va de viaje quiso despedirse de toda su familia, pero con tiempo y calma. Un día llamaba a un hermano, otro a otro, después a sus padres, y todos salían de la habitación conmovidos y edificadas por los buenos consejos que les daba. Aquel «a ver si nos vemos todos juntos en el cielo», con que acababa la entrevista, dicho por aquella alma tan de Dios e interesada por la salvación de sus familiares, estimulaba en éstos el deseo de los bienes eternos de la bienaventuranza y los inducía a despreciar por caducos y vanos los terrenos. Junto a su hermana e hija, en el corto tiempo que gozaron de su presencia, durante aquella fortuita exclaustración, habían sido testigos del sin fin de virtudes heroicas de aquella alma que amaban como un tesoro y se sentían todos más cerca del cielo.

Ella era el contraste más marcado del ambiente de la calle, envuelta en aquel entonces en las sombras de tristeza que imponía el terror reinante. Mientras España ardía en guerra fratricida, impuesta por los pecados de los más, María de la Paz ofrecía el sacrificio de

su vida al Amor Divino anhelando el imperio de la caridad.

A medida que se iba acercando el día venturoso de arrojarse para siempre en brazos de su Divino Esposo, parecía más interesada en hablar de cosas espirituales y de las verdades eternas, y a todos cuantos la visitaban platicaba con el mejor deseo de hacer bien a sus almas y todos salían de su presencia fortalecidos.

Quince días antes de morir dejó ya de levantarse y de tomar alimento, sino a cucharaditas, que a veces devolvía entre grandes angustias con trozos de tejido, que parecían indicar que el cáncer iba abriéndose paso por dentro.

Todo hacía presentir que la Hermana María de la Paz viviría ya pocos días, y sus hermanas procuraban tener ya dispuesta la mortaja.

La Hermana Teresa María, que por ser la enfermera del convento de Manises, acudió a cuidar a la Hermana María de la Paz y aligerar la carga a Sor Fidela y a la Hermana María de los Angeles, se puso cierto día fuera de la habitación de la enferma a arreglar un hábito, con el fin de vestir de monja Carmelita Descalza el cadáver de la enfermita tan pronto ésta expirara.

A pesar de que lo hacía con el mayor disimulo, y no era vista de la Hermana María de la Paz, ésta le dijo desde dentro: «Hermana

Teresa María, no se apure por preparar la mortaja, que cuando yo muera vendrán a ayudar».

A pesar de la suma gravedad y de los frecuentes vómitos y de la dificultad de aquel tiempo, la Hermana María de la Paz tenía la dicha de tomar todos los días la Sagrada Comunión que le proporcionaban varios Padres desde su escondite. Día hubo en que cesaron los vómitos para poder comulgar.

El día 26 de septiembre dió encargo a la Hermana María de los Angeles de llamar al P. Elías de la Virgen del Carmen, que vivía escondido en un pueblecito próximo.

Sus palabras fueron éstas: «Hágame la caridad de decir al P. Elías que si puede salir de su escondite y venir aquí a confesarme sin peligro de su vida, Dios se lo pagará; pero que no lo haga si peligrá su vida».

El interés de la Hermana María de la Paz en llamar al Padre fué, más que por necesidad, por edificarse con sus exhortaciones en aquella hora en que esperaba la muerte y porque había oído a la Madre Priora hablar de sus buenas cualidades para la dirección de religiosas. Por lo demás estaba sumamente tranquila, nada le inquietaba, y esperaba cantar en la eternidad las misericordias del Señor, como lo demuestra el hecho de repetir con harta frecuencia durante su penosa enfermedad el versículo «Misericordias Domini in aeternum cantabo».

Por Jesús moría todos los días y es lógico que pensara vivir con El en la eternidad; a Jesús había acompañado en las penas y justo era que esperara participar de su gloria.

Alguien que conocía la vida íntima de la Hermana María de la Paz, asegura que, aun estando sana, se preparaba todos los días para bien morir y procuraba ser tal en vida cual deseaba ser en la hora de la muerte. Por otra parte, alma tan desprendida de todo lo que sabía a mundo, tan deseosa de aprovecharse en la virtud, tan amante de la austera disciplina conventual, abnegada en extremo, paciente como la que más en la adversidad, no podía menos que tener la confianza en su muerte feliz.

El P. Elías fué esperado durante tres días consecutivos, en los cuales la enferma difería la cura por algunas horas con el fin de no hacerle esperar mucho caso de que llegara.

Por fin llegó el día 29, de doce a una, cuando la Hermana se hallaba bastante quebrantada por las consiguientes molestias de la enfermedad y las que suponía el retardo de la cura por espacio de unas seis horas. A pesar de todo, ella permanecía con una calma y paciencia inalterables.

Su hermana Sor Fidela le hizo memoria de consultar con el Padre si le quitaría a la estatuita de S. José el papelito que escribió, conforme al encargo que la misma Hermana

María de la Paz le había hecho de antemano.

Entró el Padre a la habitación donde yacía en cama, la confesó con toda brevedad y salió para confesar a las demás religiosas y a otras personas seglares.

Entre tanto, entró Sor Fidela y dijo a la enferma: «Hermana María de la Paz, ¿está tranquila? ¿Se ha acordado de lo del pape-lito...?»

Respondió: «Tranquila, sí, mucho; pero del papelito no me he acordado».

Dijo Sor Fidela: «Pues ahora le diré al Padre que vuelva».

La Hermana María de la Paz contestó: «No, déjelo, no vale la pena de hacerle volver».

Sus dos hermanas, sin haberse puesto antes de acuerdo, rogaron al Padre que volviera a despedirse de la Hermanita María de la Paz y, a la vez, le dijera alguna palabrita de las que suele decir la Rda. Madre Priora cuando alguna religiosa va a morir a fin de que no notara tanto la ausencia de su Prelada.

El Padre volvió a eso de las tres de la tarde, y entraron juntamente con él a la habitación una monjita del Corpus Christi, de Valencia, la Hermana María de los Angeles, la Hermana Teresa María y Sor Fidela.

Sor Fidela dijo: «Hermana María de la Paz, ya que el Padre ha vuelto a despedirse antes de marchar al tren, si le parece a V. C.

puede consultarle si le quitará o no el papelito a Nuestro Padre San José».

Contestó la Hermana María de la Paz : «Pues, sí, ya que el Padre ha vuelto, se lo consultaré».

Al Padre le dijo : «Hace un año, o más, que escribí en un papelito : «Padre mío San José, no me dejes morir sin Prelada, sin Comunidad y sin celda». Como sabe V. R., ya hace tiempo estoy indiferente a eso y estoy conforme con lo que Jesús quiera. Yo creo que ya me debo morir, y, como veo que no me muero, si le parece a V. R. que le quitemos el papelito que lleva colgado N. P. S. José...»

El Padre le dijo que no se quitara el papelito al Santo, que aunque lo llevara colgadito no importaba nada y que ya moriría cuando en los designios de Dios estuviese decretado ; que todo lo que pedía lo tenía ya concedido.

Cogió el Padre el crucifijo que la Hermana María de la Paz tenía siempre a la vista y que un sin fin de veces lo había cubierto de besos y estrechado entre sus brazos, al que la misma daba el nombre de Esposo, y, comprendiendo que la Hermanita no podía morir sin permiso, le dijo mostrándosele : «Aquí tiene a su Prelado ; pídale todos los permisos que quiera, incluso para morir. Sobre la dicha de morir en Comunidad también el Santo se lo alcanza, ya que aquí tiene estas religiosas que con V. C. forman una pequeña comuni-

dad; y sobre su tercera petición de no morir sin estar en la celdita, yo creo que esta habitación es una verdadera celdita, siempre habitada por religiosas Hermanitas suyas».

La habitación en que estaba la Hermana María de la Paz era la más retirada de la casa. Sólo comunicaba con la calle por una ventana pequeña que de noche permanecía cerrada en cumplimiento de las órdenes dadas por la autoridad por temor a bombardeos. Pero daba al interior una ventana grande de la misma habitación que siempre estaba abierta para refrigerar a la enferma, a quien el cáncer producía constantemente temperaturas elevadísimas.

El Padre prosiguió: «Así, que, Hermana María de la Paz, si quiere morir hoy, es día de S. Miguel, un día muy precioso, y si quiere mañana, día 30, en ese día murió Santa Teresita, o si quiere el 4 de octubre, esa fecha es la de la muerte de la Santa Madre Teresa de Jesús, y para una Carmelita es gran consuelo morir el mismo día que su Santa Madre. Yo, en representación de su estimada Prelada, y como haciendo sus veces, le digo que ya tiene mi permiso para morir».

La Hermana María de la Paz, sonriente, levantó al Cielo su mirada y respondió al Padre: «Dios se lo pague mucho». Por entonces también le dijo: «Padre, hágame caridad de pedir a Dios N. Señor, que me haga la gracia de que no me olvide ni un momento de que

estoy consagrada a El y que ame y practique aquí en la tierra cuanto es posible a una criatura las nadas de nuestro Santo Padre San Juan de la Cruz».

Aquel cuadro era para impresionar aún a las mismas piedras. Durante todo el diálogo la Hermana María Carmen, monjita del Corpus Christi, de Valencia, permaneció arrodillada junto al lecho de la enferma, y, una vez terminó de hablar el Padre, llamó la atención a la Hermana María de la Paz y le dijo: «Yo estoy aquí».

La Hermana María de la Paz, mirándola con cariño y dándole una palmadita en la mano contestó: «Ya la he visto, es la Hermana María Carmen y yo la quiero mucho».

Al despedirse el Padre, dijo: «Nos vamos ya, Hermanita. Luego cúrese, pues me han dicho que suele hacer la cura a las diez de la mañana y no la ha hecho por si venía yo y son las tres de la tarde».

Aunque el estado de la enferma era gravísimo, nadie pensó que podía morir en seguida, porque ninguna señal de la proximidad de la muerte se advertía en su rostro. Sólo dejaba duda la certeza de que ella, a eso de las nueve del mismo día 29 de septiembre, había dicho: «Sor Fidela, ¡hoy acabo, sí, hoy acabo!»

Una vez fuera el Padre, comenzaron a preparar la cura, lo que ella llamaba limpiar el jardín del Amado. La hizo casi sin fuerzas,

como de costumbre, después de invocar el auxilio de la Santísima Virgen. Duró dos horas la cura y durante ella dió, una vez más, ejemplo de su paciencia heroica mostrándose hasta afable con las Hermanas, que le iban dando la pomada y gasas y lo que pedía. Estas notaron que se fatigaba mucho, seguramente más que otras veces.

Quiso limpiarse la dentadura, como de costumbre, porque lo tenía mandado a sus monjitas la Priora del convento, e incluso aquel día se cambió de ropa.

Estaba rendida, por tanto, y, agotadas sus fuerzas, dejó caer su cabeza sobre la almohada diciendo a la vez que besaba el crucifijo : «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

Una hermana suya le dijo : «Si le parece, Hermana María de la Paz, puede ahora tomar algo y así se queda ya arreglada para más largo rato, a ver si puede conciliar el sueño, pues está rendida».

Ella contestó : «Pero si no puedo».

Y temiendo disgustar a sus caritativas enfermeras, parecía querer recobrar fuerzas y mirando con los ojos muy abiertos a una imagen de Ntra. Sra. de los Dolores, dijo : «¡ Tú, Madre mía... !».

En el aposento sólo quedaron la enferma, la Hermana Teresa María y Sor Fidela. La Hermana María de los Angeles se había retirado a rezar el Oficio a otra habitación, ya que

a pesar de tener trabajo todas con la enferma, ésta no quería que las demás dejaran el Oficio Divino por nada, ni por nadie.

La Hermana María de la Paz fué incorporándose con pena, poco a poco, en la cama hasta quedar sobre ella de rodillas, pidió por caridad un sorbito de café (que se tenía preparado siempre con un poco de ron, por si le daba algún colapso), dejó caer su frente sobre la de Sor Fidela, mientras la Hermana Teresa María la sostenía por la espalda. Llamaron precipitadamente a la Hermana María de los Angeles las otras dos Hermanas, creyendo se trataba de un colapso. Pasados unos tres minutos, alzando su mirada al cielo, se dejó caer de espaldas en brazos de la Hermana Teresa María, e inclinando su cabeza hacia el lado derecho, expiró suavemente sin ninguna agonía, como ella tenía dicho, quedando sus brazos en forma de cruz, no obstante hacer algún tiempo que no podía separar el brazo izquierdo sin grandes dolores.

Inmediatamente, invocaron las presentes al Sacratísimo Corazón de Jesús y a la Santísima Virgen, llamaron por su nombre a la moribunda y, como no respondiera ya, respondieron y rociaron su cuerpo con agua bendita.

Este fué el final de la Hermana María de la Paz, a eso de las cinco y media de la tarde del día 29 de septiembre de 1937, cuando toda-

vía estaba viva la gran persecución que figurará en la Historia como una de las más sañudas y satánicas contra la iglesia.

No debemos olvidar que la Hermana María de la Paz se había ofrecido al Amor misericordioso como víctima para la paz de la Iglesia en España y para la salvación de esta nuestra patria. Seguramente que influirían sus sacrificios en el corazón de Dios, que quiere a todo trance reinar en el mundo por el amor.

VIII

LA HUMILDAD ENSALZADA

Muerta la Hermana María de la Paz, había que pensar en el sepelio de su cadáver. Las circunstancias, por otra parte, de aquella guerra civil, no eran para desahogos monjiles. Había, por tanto, que resignarse, al juzgar de la prudencia humana, a vestir de seglar el cuerpo de aquella Carmelita, verdadera víctima expiatoria sacrificada al Amor Misericordioso; lo contrario, podría irritar las iras del populacho y hasta de los *mandamás* de entonces, prontos a tomar pretexto de cualquier cosa para perseguir a los que dieran la menor señal de su catolicismo.

Era temerario pensar en amortajar de Carmelita Descalza el cadáver de la Hermana María de la Paz; pero las monjitas, haciendo caso omiso de cuanto pudiera pasar, se empeñaron en seguir en esto la costumbre del convento y sólo a la difunta, que suponían estaba ya en el cielo, encomendaron el éxito de su plan, en extremo atrevido.

Tenían arreglado ya para el caso un hábito, y la misma tarde en que murió llevaron

de Manises una capa blanca, de las que habían podido ocultar. Así que no faltaba nada y se procedió, una vez cerrados los ojos, a vestir el cadáver.

Las dos Hermanas Carmelitas fueron las encargadas de todo, sin que fuera menester que nadie más pusiera sus manos en aquel cuerpo. Siguiendo todas las costumbres de su Comunidad, la vistieron, por fin, de Carmelita Descalza, colocaron el cuerpo, así amortajado, en un ataúd blanco, pero modesto, coronaron su cabeza con una linda guirnalda de azahar y sobre una camita de madera, que su mismo padre había hecho con el fin de que las monjitas no tuvieran necesidad de dormir ni juntas ni en tierra, se expuso en la capilla ardiente que se organizó en una habitación con luz a la plaza.

El cadáver fué sacado de lo que había hecho de celda de la Hermana María de la Paz, entre las tres religiosas y dos o tres jóvenes piadosas que se ofrecieron a ayudar, teniendo cuenta de cumplir uno de los últimos encargos de la difunta, es decir, que usaran con su cuerpo difunto de la mayor modestia posible.

Pocas fueron las precauciones que tomaron las monjitas contra los posibles peligros. Avisaron a las demás Hermanitas que vivían relativamente cerca, y llegaron a acudir unas diez y siete monjitas, todas con ánimo decidido de

dar al cadáver los honores del caso prescritos por las Constituciones de la Orden.

Al mismo padre de la difunta, que manifestó su temor por si pasaba algo lamentable por el hecho de haber vestido de Carmelita el cadáver, una de sus hijas le respondió: «No padezca, no tenga ninguna pena, pues cuando alguien sepa que se ha muerto, yo creo que dirán con desprecio: «Ya tenemos una monja menos». No se les ocurrirá venir a verla. Mañana a las cuatro y media, la bajaremos con el ataúd cerrado para la hora del entierro y ya verá cómo no nos pasa nada. La Hermana María de la Paz cuidará desde el Cielo».

El olor que mientras vivió se notaba constantemente en la habitación en que estaba desapareció por completo.

Se avisó al Comité del pueblo para tener abierto el balcón aquella noche, se pidieron los permisos necesarios para el sepelio del cadáver y se anunció por bando, según costumbre de la tierra, la hora de la conducción.

Por todas partes se oía hablar de la muerte de aquella monjita y menudearon los comentarios, y lo raro era que en aquel pueblo, que por sus crímenes y libertinaje había merecido ser llamado la pequeña Rusia, no se profiriera ni una sola palabra que supusiera desprecio para la recién fallecida, antes por el contrario, se advertía una gran corriente de simpatía

hacia ella, y alguien llegó a porfiar por ser el primero en acercarse a verla.

Al día siguiente, 30 de septiembre, a eso de las seis y media de la mañana, comenzó a acudir gente para ver a la difunta.

Su padre, con el fin de evitar se llamara mucho la atención, ponía reparos y decía: «Está arriba».

Con todo, insistían y replicaban: «Déjenos subir, por favor, pues nos han dicho que es un cadáver digno de verse y que si lo vemos, nos alegraremos mucho».

Fué preciso cerrar la puerta de tanta gente que acudía durante todo el día y hasta se procedió a despedir a la que estaba arriba, y cuantas veces se hizo, fué menester abrir de nuevo porque lo pedían a gritos desde la calle.

A los niños de las escuelas libertarias, se les oyó gritar: «¡Abra que queremos ver a Santa Teresita!».

Una mujer de las que estaban evacuadas en el pueblo, se arrodilló y oró ante el cadáver, y los hombres, que también desfilaron muchos por allí, bajaban llorando y diciendo: «¡Qué hermosa ha quedado!».

«¡Qué manos!», decía una mujer. «¡Qué pies tiene!», decía otra.

Frecuentemente los visitantes tocaban sus pies para cerciorarse de que aquella extraordinaria blancura y la flexibilidad no eran ilusión de la muchedumbre, sino una realidad.

Fué preciso vigilar para que nadie se pasara. Había quien estaba más de una hora y no se marchaba; era preciso intimar la salida.

A cierta persona, que ya llevaba mucho rato allí, fué preciso decirle: «¿Qué sacas tú de estar mirando siempre un cadáver?»

Respondió: «Un cadáver, sí; pero yo no he visto una cosa tan bonita. Está estucada».

Alguien tuvo el atrevimiento de propalar la especie de que las monjitas se habían pasado la noche estucándola.

Lo cierto es que ofrecía un aspecto admirable: Estaba como dormida, con la cabeza inclinada hacia la derecha, como quedó en el acto de morir; durante las veintidós horas que estuvo el cadáver en casa permaneció flexible, sin la menor rigidez; los pies estaban completamente desnudos y blancos como la nieve, lo mismo que la cara y las manos; en éstas llevaba visiblemente una rosa, y entre ellas se le puso el crucifijo, pero de modo disimulado, con el fin de que nadie lo viera. Descansaba el ataúd sobre la camita ya nombrada, revestida con sábanas blancas, que proporcionaron mujeres del pueblo, adornado con flores y entre macetas de plantas naturales.

Serían las diez cuando unas mujeres preguntaron a su madre dónde pensaba enterrarla.

Su madre dijo que en tierra.

Ellas dijeron que comprara un nicho, pues

no debía confundirse el día de mañana ese cuerpo con otro ; que pidiera prestada la cantidad necesaria para comprarlo, que por la noche ya se la entregarían.

Así fué. Se compró un nicho baratito que costó unas ciento veinticinco pesetas, y por la noche las mismas mujeres entregaron a la madre ciento treinta y cinco, es decir, más pesetas de las necesarias, que recogieron por suscripción entre unas cuantas personas. La diferencia se invirtió en sufragios. Las monjitas fueron llegando unas tras otras durante todo el día, y antes de bajar el cadáver, en una habitación próxima a la que hacía de capilla ardiente, rezaron el Oficio de Difuntos con velas encendidas, con breviarios y con el Ritual de la Orden.

Se dieron cuenta las gentes de su presencia y de que rezaban, y por ello recibieron edificación.

Una persona, con gran admiración, al verlas llegar, decía, aunque en voz baja : «Estas también son monjas. ¡Pues ellas se quieren poco !»

Al terminar el Oficio de Difuntos respondieron y rociaron el féretro con agua bendita.

Las mujeres, entusiasmadas, tomaron cuenta de buscar un fotógrafo para fotografiar a la difunta y echaron mano de un ambulante de esos que hacen los retratos al minuto, e

inundó de retratos del cadáver de la Hermana María de la Paz el pueblo de Benaguacil.

No se contentaban los visitantes de contemplar la difunta, y además entregaban objetos para que los pasaran por el cuerpo, confiados en que la Hermana María de la Paz era una santa.

Llegada la hora de la conducción del cadáver, una vez éste en el piso bajo de la casa, se reunió un inmenso gentío, pugnando por ver a la difunta. Al fin, entre protestas de la mayoría, que no se resignaba a que se le diera tan pronto tierra al cadáver, se pudo conseguir que se organizara la comitiva hacia el cementerio.

Una joven, que por cierto no llegaba a ser ni piadosa, advirtiéndole que al enterrar no iban mujeres, instó a unas cuantas a formar filas y se sumaron con otras muchas más al fúnebre cortejo.

Este siguió, en medio de un silencio propicio para la meditación, hasta el Campo Santo, donde habían de ser depositados los restos de la Hermana María de la Paz.

Las monjitas también quisieron ir al cementerio, pero con el fin de no llamar tanto la atención entre tanta gente, tomaron camino distinto al de la comitiva. Lo hicieron con el fin de ver, con sus propios ojos, dónde ponían el cadáver. Allí presenciaron, una vez más, el entusiasmo de los acompañantes y de

otras personas que, curiosas, rodearon el cadáver

Una hermana de la difunta, como todavía no se habían cumplido las veinticuatro horas, rogó se difiriera su sepultura. Lo consiguió, y entre tanto llegaba la hora de realizarla, la Hermana María Josefa, en representación de la Prelada, le echó el velo sobre la cara, le quitó el crucifijo, y después que todas las religiosas besaron las manos y los pies de la difunta, arrojó el primer puñado de tierra sobre el ataúd. A continuación, cada una de las religiosas echó también el suyo. Antes, la Hermana María Josefa colocó, entre los pliegues del hábito, un tubo de cristal lacrado, portador de los datos imprescindibles para poder identificar el día de mañana el cadáver.

En presencia de todas, de muchos simpatizantes y de un gran número de curiosos, se colocó el féretro dentro del nicho, ya preparado, y los albañiles procedieron a su clausura.

Un hermano de la Hermana María de la Paz escribió el nombre civil con los apellidos de ésta en el tabique recién fabricado en la boca del nicho, depositario de tan preciados restos, hasta que suene la hora de su traslado a la cripta del dichoso convento de Carmelitas Descalzas de Manises, donde se forjó, en gran parte, el temple robusto y suave de aquella mujer, que podemos calificar de alma fuerte.

Volvieron las religiosas hacia la casa de

los dichosos padres de la Hermana María de la Paz con el corazón henchido de gozo por aquellas cosas que habían visto sus ojos en tiempo de tan serias dificultades. Les parecía que estaban soñando, porque jamás pudieron sospechar que fuera posible entonces una manifestación de admiración hacia una religiosa como la que acababa de realizar el pueblo de Benaguacil en homenaje a la Hermana María de la Paz. Ellas, después de todo, aún recibían palabras de plácemes de toda clase de gente del pueblo y hasta las más cumplidas enhorabuenas.

Al llegar se encontraron con que todavía acudía gente para ver a la Hermana María de la Paz, a causa de que, por estar prohibido el toque de campanas, no se habían enterado de que se había verificado el sepelio.

Como se dijo que ya se la habían llevado y no querían creerlo, alguien gritó: «Hagan lo que quieran; no se marchen, pero la Hermanita ya no está».

A. M. D. G.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Introducción	V
I.—Nacimiento, infancia y juventud,	1
II.—La estrella de la vocación.....	9
III.—Auras del Carmelo.....	17
IV.—La gran prueba.....	29
V.—El ara del sacrificio.....	39
VI.—Los últimos sacramentos.....	49
VII.—En brazos del Esposo.....	61
VIII.—La humildad ensalzada.....	73

3 PESETAS